

DE LOS ROBOTS BIOLÓGICOS

Si no hubiera sido por el señor Delfín, mi juicio acerca de la educación formal sería condenatorio. Él fue mi profesor en los últimos años de la primaria en una escuelita fiscal inolvidable situada en lo alto de una loma. Muy abajo estaba la ciudad de entonces, apretada y aldeana. Del otro lado, en cambio, quedaban los descampados, las quebradas y los bosques. Entonces yo era feliz. Y se lo debía, en gran parte, a la ubicación de la escuela y al profesor Delfín.

Lo vi hace poco. Está muy viejo pero no quiere jubilarse. Sigue en lo suyo: las clases y los textos escolares que escribe y que el ministerio nunca aprueba. Tampoco ha cambiado sus enseñanzas.

En medio siglo de profesor, quienes hemos sido sus alumnos —debemos sumar algunos miles— las hemos conservado y difundido discretamente, en el ámbito de nuestros hijos y allegados. Las primeras verdades que aprendemos perduran en nuestra mente como cicatrices que a veces queremos borrar.

Pero más allá de eso, puedo decir que, al menos en mi caso particular, todo lo que he aprendido luego solo me ha servido para comprobar la validez de las verdades del profesor Delfín.

Gordo, agitado, imperioso, el inevitable temor negro, el rostro redondo y mal rasurado, locuaz, irascible y risueño a ratos, siempre tuvo la rara habilidad de sacar conclusiones claras acerca de todo lo que leía o escuchaba; aunque sus fuentes no fueran sino recortes de prensa o noticias de la radio. Él sigue pensando que el cerebro humano es tan limitado que no puede fabricar una auténtica falsedad o una verdadera mentira. Para él, la seriedad



de las fuentes es un asunto cosmético. “Todo es cierto”, para él.

Cuando me acerqué a saludarlo, aprovechó la oportunidad para venderme su último libro: un cuaderno mimeografiado y maltrecho.

Lo he leído bien. Y he comprobado la lógica implacable de su pensamiento, y su fidelidad eterna a la idea que tiene acerca del origen de la actual especie humana.

El texto empieza con una nota de prensa en la que se anuncia la fabricación de piel humana artificial. El resto del libro reafirma las mismas inquietudes de siempre.

El profesor razona así: si hoy se la fabrica para usos médicos, habrá un momento en el que se la utilice para fines industriales. Habrá, pues, un auge y una moda de muebles forrados de piel humana. Para no hablar de pantallas, carpetas, carteras y zapatos hechos con ella. También es factible imaginar un sistema de conductos capilares que la alimenten y consigan mantenerla con vida, de modo que pueda ser utilizada con fines suntuarios. Los grandes salones podrían, pues, exhibir muebles forrados de piel humana viva.

con incomparable ventaja, a los más finos objetivos fotográficos; manos y brazos que trabajen delicadamente lo que los torpes robots mecánicos actuales apenas si consiguen, presos como están en su cárcel geométrica; baterías de riñones que purifiquen toneladas de sangre para vender como cualquier combustible; baterías de cerebros conectados en serie a poderosas computadoras. Todo esto, por cierto, ya prefiguran, explícitamente o entre líneas, las notas de la prensa de hoy.

Ningún principio moral detendrá a la revolución biológica, advierte el profesor. Porque la moral nunca ha detenido a la pragmática codicia humana: “La moral —sentencia— sólo es obra de los incrédulos”.

Un capítulo entero del libro está dedicado al momento en que los científicos logren acoplar todas las partes humanas recreadas en laboratorios y fábricas y construyan un auténtico ser humano artificial. Él vendrá a juntarse a los robots humanos, —¿es hora de llamarlos así?— que ya habrán sido conseguidos mediante un procedimiento más directo: la manipulación genética de óvulos y esperma artificiales.

ABDÓN UBIDIA

(Segunda parte)*

Divertinventos

Pero si ya se fabrica piel humana, será inevitable que, en un futuro próximo, se obtengan, de modo artificial, todos los demás órganos humanos. Será el gran momento de la revolución biológica. Si hubo una revolución agrícola, otra industrial y luego una informática, habrá entonces una biológica. (Y acaso, todas ellas, en el fondo, no sean sino los peldaños de una escalera cuyos perfiles ya podemos dibujarlos sin mayor error.)

Es fácil predecir —escribe el profesor— escenas de la revolución biológica: ojos que reemplacen,

A partir de allí, los razonamientos del profesor dejan de indagar en el futuro y retornan, bruscamente, al pasado más remoto. Su idea es la misma de siempre: “Si aquello va a ocurrir en el futuro ¿qué nos impide pensar que no hubiese ocurrido ya en nuestro lejano pasado?”

¿Qué nos impide pensar que nosotros no seamos más que una raza de robots, inventada por otra raza o especie que no pudo, acaso, copiarse bien?

En el método del profesor, todo lo posible es cierto. De modo que nuestra naturaleza robotizada, arti-

ficial, planificada es, para él, una verdad que no admite discusión.

“Nuestra búsqueda de fines, de sentidos, de dirección, no puede ser gratuita —dice—. Nuestro afán absurdo por el progreso, por el desarrollo unilineal, sólo muestra que no somos libres, que estamos programados para cumplir un destino implacable, como el de cualquier máquina. Si de verdad fuésemos libres, careceríamos de propósitos y finalidades. A lo sumo buscaríamos la felicidad y no la autodestrucción y la desdicha. Tampoco tendríamos ese mecánico instinto de disciplina que agobia toda libertad posible. Tampoco nuestra mente sería, como es, tan fácilmente programable para obedecer; incluso obedecer absurdos llamados como los de la guerra o de los fanatismos ciegos. Sólo somos mecanismos biológicos, robots limitados, ingenios hechos, acaso, por otros ingenios” —concluye.

Si la especie que nos creó existe aún, en otro planeta, o si se extinguió, o la eliminamos, eso apenas es un problema secundario. Ellos son otros seres y no nos atañen, aunque los evoquemos, con un clamor de huérfanos, en todas nuestras religiones.

Tales son las enseñanzas que, a lo largo de los años, hemos aprendido todos los alumnos del profesor Delfín. Las difundimos sin prisa y sin pasión. Sabemos, de antemano, que dará igual si un día la humanidad entera sabe esta verdad o la ignora. Pues su destino está sellado ya.

DE LOS RECUERDOS MUY BIEN GRABADOS

“La metáfora no está en el lenguaje sino en las cosas”, se dijo ella cuando lo vio venir un día con el nuevo juguete: la grabadora de recuerdos inventada por los japoneses. Fingió entusiasmarse con él, mientras le ayudaba a desempacar primero la pequeña consola con botones y luces y luego —en caja aparte— la escafandra dorada tan parecida a las de los primeros hombres que pisaron la luna, aunque más pequeña, como un casco de motociclista.

¹N. de la E. Estos cuentos han sido expresamente seleccionados por el autor de sus tres libros de *DivertINventos* (Divertimento+invento) para *armas y letras*. El primer volumen se llama *DivertINventos o Libro de Fantasías y utopías* (Grijalbo, 1989); el segundo *El palacio de los espejos* (El Conejo, 1996, Alaguara, 2000) y el tercero, publicado por entregas en la *Revista Conectados*, a lo largo del 2002. Se ha decidido, dada su extensión, presentarlos en dos partes. La primera parte de esta serie de relatos se publicó en el número anterior de *armas y letras*.

“Ya se le pasará el entusiasmo”, se dijo. Así había ocurrido en las distintas épocas de su vida con la cámara fotográfica, el equipo para reconstruir músicas perdidas, la computadora, el hológrafo, aquellos otros *hobbies* que a su turno lo obsesionaron.

—Falta el alambre —dijo él, en tanto lo buscaba afanosamente dentro de las cajas que había desbaratado con su hermoso cuchillo montañés de mango de marfil, viejo testimonio de otro entusiasmo olvidado.

Ella miró la madeja de alambre, caída delante de la mesita de caoba. Pero no dijo nada. Era un hilo fino que servía para conectar la consola con la escafandra.

Le dejó buscar en las fundas de plástico tiradas en el suelo, debajo del diván, debajo de los anaqueles atestados de enciclopedias.

—Pero si me aseguré de que todo estuviese completo —rezongó él.

—Quizá se cayó en el camino —murmuró ella.

—No seas tonta, mujer. Las cajas estaban bien cerradas. Tú las viste.

Ella prefirió replegarse con el mohín de siempre. Dio media vuelta y salió de la biblioteca. Conocía bien esa voz ensombrecida por el enojo.

Aguardó unos minutos en el pasillo hasta cuando escuchó el exultante llamado:

—¡Ven mujer, ven! ¡Lo hallé! En un segundo fue a su encuentro, la besó en la frente y la arrastró de nuevo hacia la biblioteca.

—Mírala cómo funciona. Es una maravilla. Te tiendes en el diván. Metes la cabeza en la escafandra y buscas con los controles.

Como obedeciendo a sus propias instrucciones, empezó a operar el aparato. Hablaba algo dentro del casco. Ella no lograba entender qué cosas decía. Sólo era el movimiento de su cuello, la manzana de Adán, ese cuello que salía de entre las vellosidades del pecho y se conectaba a la escafandra dorada.

Cuando él, sujetando con las dos manos la escafandra, sacó la cabeza por la hendidura elástica para invitarle a probar la grabadora de recuerdos, ella ya había salido de la biblioteca.

Durante el almuerzo —y los chicos, ya crecidos y ocupados en sus propios intereses, no estaban—, él, muy ajeno al rictus escéptico y hasta aburrido de esa mujer (que lo escuchaba con la cara sucesivamente marcada por la voluntad de ceder, de comprender, de aceptar, y luego por la amargura de no poder ni ceder ni comprender ni aceptar esos entusiasmos suyos que,

de muchas maneras, siempre terminaban dejándola de lado, sacándola del centro de su vida), no cesaba de ponderar las magnificencias de su nuevo aparato:

—Es fabuloso, fabuloso: cierras los ojos en la oscuridad y el silencio de la escafandra y giras lentamente la perilla principal; entonces, débiles, lejanos, desfilan en tu mente los recuerdos que has acumulado en toda tu existencia. Es como buscar en la onda corta de la radio, en un infinito espacio, o en un infinito océano, el llamado de voces distantes, a ratos incomprensibles, que creíste perdidas o inexistentes. Cuando encuentras algo que te llama la atención, paras la búsqueda. Fijas el recuerdo y lo amplías. Poco a poco éste se vuelve nítido: primero los detalles principales y luego los contornos. Entonces estás metido de lleno en un pasado vívido. Por decirte algo, hoy pude recuperar el rostro, los gestos, la suavidad amorosa de la abuela, que un momento atrás parecían estar diluidos en un espacio apenas dulce pero muy confuso de mi infancia. Casi te diría que logré nuevamente estar con ella. Pero aún hay más. Puedes grabar el recuerdo así localizado. Grabarlo en un disquete. Tenerlo a mano cuando lo necesites. Y no hay peligro de que nadie se entrometa en lo tuyo. Los recuerdos grabados sólo tienen sentido para el dueño.

—Ya se te pasará el entusiasmo —murmuró ella.

—No sé por qué pierdo el tiempo hablándote, si nunca me escuchas —repuso él.

—Lo mismo digo yo —replicó ella—. Nunca me escuchas. Iba a continuar. Iba a decirle que le importaba un bledo su nuevo entretenimiento. Que le parecía estúpido eso de revolver la resaca de lo pasado y refocilar en ello. Iba a jurarle que nunca usaría ese maldito aparato que sólo servía para abrir tumbas de todos modos podridas. Iba a decirle que no creía que sólo estuviese buscando abuelas o recuerdos santos en su memoria. O cualquier otra cosa que lo hiriera. Que le sacara del alma todo el rencor acumulado en tantos momentos de soledad y silencio. Prefirió callar. A esa altura de sus vidas ya nada cambiaría el simple hecho de que él ya no se interesaba en el clamor de su sexo abierto y húmedo como una rosa, porque siempre había de por medio, en casa, algún tonto aparato y, en la oficina, o mejor, en las horas de oficina, desde luego, alguna jovencita de piel tierna, para ocuparlo bien.

Y hubiera querido callarse, quedarse quieta y dura como una estatua de hielo, callarse para siempre, no dejarle saber nada más de sus clamores y rebeldías, pero las lágrimas se le agolparon en los ojos con la fuerza de todas las palabras no dichas y él





la vio, y templó la frente con ese gesto característico suyo, entre verdadero y teatral, que le servía para mostrar y demostrar sus disgustos, y como tantas veces, dejó el plato apenas empezado y cruzó los cubiertos sobre él y tiró la servilleta y se levantó y salió del comedor.

Entonces ella pudo, por fin, alzar las manos hacia el rostro lívido y llorar sin oponer ninguna resistencia a los sacudimientos y encabritamientos de ese dolor trepidante que la cabalgaba por dentro con el ímpetu de un potro desbocado; llorar sin término ese amor rencoroso y envilecido que le impedía irse para siempre a cualquier parte lejana y perdida y olvidar, si tal cosa fuese posible, olvidar tanto recuerdo malsano, tanta traición descubierta; olvidar justamente lo que él recordaba, tan aplicadamente recordaba en sus fotografías escondidas, en sus cartas escondidas, en todo lo que su memoria buscaba guardar como trofeos ganados al tiempo que huye y no perdura, al presente fugitivo que huye y no perdura sino en aquello que sólo vuelve a ser en la memoria.

De pronto algo se rompió en su corazón. Algo que le hizo levantarse de la mesa. Algo que le hizo verse como si fuese otra persona. Una persona lúcida que sabía hacer lo que tenía que hacer. Y entonces fue hasta la biblioteca. Y allí lo miró, tendido en el diván, la cabeza en la escafandra, el cuello hundido en la abertura elástica como si fuese un miembro metido en un gran

sexo dorado. Y entonces fue (hay que decirlo en voz baja) cuando tomó el cuchillo de mango de marfil. Y supo, por fin, que iba a ser muy fácil cortar, con un brusco tajo, ese conducto palpitante, desconectar por fin ese cuerpo que había amado tanto de aquella cabeza que la negaba siempre, dejarla perdida y sepultada bajo la última avalancha de unos deseos y unos recuerdos malditos que ninguna memoria podría ya recuperar jamás, en ningún sitio del tiempo, en ningún lugar del universo.

DE LA DEFINITIVA LILIPUT

Cuando las ciudades llegaron a tener cien y doscientos millones de habitantes, hubo un patriarca que tomó una decisión radical para resolver, drásticamente, los múltiples problemas de esos infiernos pululantes.

Nada que ver con las inútiles campañas de control de la natalidad, la esterilización masiva o el exterminio de los suburbios pobres.

Tampoco con la tan celebrada colonización de otros planetas, que sólo sirvió para que quienes, a un costo muy grande, se fueran de la tierra, engendrasen, al cabo de un par de generaciones, razas que poco se parecían a las nuestras, pues las distintas condiciones de sus nuevos hábitat (otra gravedad, otra atmósfera, otro magnetismo, otro calendario; a veces otro sol) las mutaban en tal forma que poco rastro quedaba en sus cuerpos de los cuerpos nuestros.

La solución del viejo patriarca, cumplida poco a poco durante generaciones, consistió en reducir el tamaño humano a dimensiones mínimas. Al cabo de dos siglos ya pudimos abandonar el metro como unidad de longitud. Así, ahora hablamos de que una persona mide cinco o seis centímetros, si es pequeña o alta.

La reducción de la estatura humana ha significado un ahorro inmenso de espacio y recursos. Vale decir que nunca la humanidad fue tan rica como ahora. Nuestra tecnología, cada vez más refinada, nos ha permitido dominar a las otras especies con el solo recurso de controlar su voluntad. Y hemos logrado aprovechar energías y alimentos antes impensados. Dos siglos atrás nadie habría imaginado que hoy usemos aves para transportarnos (palomas como cabalgaduras; águilas como aeronaves); o que nuestros robots controlen tan eficazmente los procesos agrícolas e industriales; o que criemos auténticos rebaños de insectos ricos en proteínas y aceites benéficos. El futuro ha llegado ya y de una manera que los hombres jamás soñaron.

Nuestros tatarabuelos, aún gigantes, se fueron extinguiendo sin violencia alguna, conforme se hacían viejos y morían de muerte natural. Sin embargo, una pequeña población fue salvada y ahora habita en las reservas silvestres de los antiguos bosques. Son pocos y vagan en los montes profiriendo aullidos y ruidos atronadores. Es fácil regular su crecimiento demográfico mediante el uso de plagas, virus, y hongos venenosos.

Algunos de ellos escapan, por cierto. Y no nos queda más remedio que eliminarlos de inmediato.

Yo pertenezco a una brigada de “Cazadores de gigantes furtivos”, como la llamamos. No nos cuesta mucho cumplir nuestra misión. Al momento de matarlos, simplemente le rezo a mi Dios y le digo que ellos, en verdad, sólo son el recuerdo de otra especie, distinta, anterior a la nuestra, como tantas otras; una especie que no fue sabia, que no pudo vivir sobre la tierra y que quizá no supo merecerla.

DE LOS NUEVOS CENTAUROS

Oí el eco de sus cascos raspando los adoquines. Golpes secos, rítmicos, contundentes. A la media noche no había luna y el verano vacilante apenas si dejaba correr unas cuantas ráfagas de frío viento. La calle desierta, los rincones negros, ninguna ventana iluminada, la luz de las estrellas como puliendo los helados adoquines.

Me arrastré como pude hasta alcanzar la columna de un portal. Tuve miedo. La respiración entrecortada,

el corazón loco dentro de mi pecho, el sudor mojando mi rostro.

Entonces vi al centauro, poderoso, rápido, imperial. Iba solo por el centro de la calle. Se alejó sin mirar mi columna. Dos cuadras más allá se encontró con otro como él, saludó con una venia y prosiguió su camino hacia la parte alta de la ciudad, en donde los centauros tienen sus desmesuradas casas y en donde también, por una paga miserable, hay humanos que se prestan a tirar, como bestias, los enormes trineos que los transportan. Esperé unos minutos. Luego me animé a abandonar mi escondite.

Mi miedo no era del todo lógico. Si me encontraba con él no hubiera pasado mucho. Tal vez se hubiese visto obligado a cruzar conmigo unas cuantas palabras, tal vez una pregunta. Una orden quizá.

Dicen que no siempre los centauros gobernaron el mundo. Que fueron creados por varias generaciones de hombres enloquecidos con sus descubrimientos científicos.

Dicen que antes de la fabricación (o recuperación: cada quien lo cuenta de otro modo) de los seres que poblaban las antiguas mitologías: medusas, hidras, serpientes emplumadas, dragones, hubo un periodo previo en que ciertos gobiernos prohibieron las mezclas transgénicas que combinaran cerebros humanos y cuerpos provenientes de otras especies animales. De esa época datarían, pues, esas curiosas criaturas hechas sólo de brazos o sólo de piernas que se esconden en las grutas oscuras como si fuesen arañas gigantes. Dicen que, luego de un nuevo forcejeo cruzado de debates apasionados, se impuso la creación de humanoides con la inteligencia apenas necesaria para efectuar trabajos manuales o tareas semejantes a los robots domésticos de entonces. Lo demás es presumible. Otras imposiciones dadas por la curiosidad científica, la audacia o la simple codicia, llenaron el mundo con mezclas, insólitas en esos tiempos: mamíferos con insectos, insectos con plantas y toda una gama de razas dotadas de cabezas y torsos humanos. Dicen, incluso, que un paso muy anterior fue el de la recuperación de especies perdidas, dinosaurios y demás.

Nadie puede saberlo ya. Los centauros sólo permiten las historias contadas a su modo. Yo sólo sé que tengo miedo. Que al oír el seguro piafar de sus cascos sobre los duros adoquines, un frío que no proviene sólo de la noche, hiela mi caparazón y amortigua mis pies innumerables ☹